

Se han encontrado últimamente bajo las ruinas del templo de Dodona buen número de piadosas consultas ó apelaciones á la protección de Zeus Nayos (1). Una mujer le interroga sobre un remedio para su dolencia, y varios particulares le preguntan qué partido deben tomar de tres que le proponen. Un pastor le promete una buena prueba de gratitud, si lo favorece en una operación de comercio que va á hacer en ganados; y un ambraciota quisiera saber qué divinidad le daría fortuna y salud. Agís cómo podrá encontrar las mantas y almohadas que ha perdido; y Lisánias, pregunta más indiscreta, si lo que lleva Nila en su seno es obra de él. El Júpiter de Homero y de Fidias ha descendido á la categoría de una vulgar curandera y adivina.

Como último ultraje, esta religión profanada no erigía ya templos sino á los poderosos del día, y por una amarga irrisión, el vicio tenía los honores de la apoteosis. Tebas con-



El Toro Farnesio (2)

sagraba altares á la cortesana Lamia; Antíoco el Dios (Osós) hacía adorar la divinidad de su indigno favorito Temisión Hércules, y la ciudad de la Virgen daba culto divino á los objetos de los infames placeres de Demetrio Poliorcetes. Sus oraciones á este príncipe eran á la vez un sacrilegio y una vileza. En medio de las fiestas de Eleusis, se vió avanzar un coro de ciudadanos vestidos de blancas túnicas y coronados de flores, los cuales cantaban en nombre de Atenas:

«Los otros dioses duermen ó se pasean ó ni siquiera existen. A tí, que no eres de palo ni de piedra; á tí, dios presente y vivo, te dirijo mis adoraciones. ¡Oh amado! hazme gozar la paz y librame de mis enemigos, porque yo no puedo ya combatir (3).»

¿Ofrecía á las almas la filosofía los consuelos que la religión no les podía dar?

La filosofía griega había recorrido ya las tres gloriosas fases de su historia. Había estudiado:

(1) M. Carapanos: *Dodone et ses ruines*, p. 72-83.

(2) Museo de Nápoles. El desenlace de una tragedia de Eurípides. Antíope suministró el asunto de este bello grupo. Los hijos de Antíope, Anfión y Cetos, atan á un toro salvaje el cuerpo de la reina Dirce, que ha maltratado á la madre de ellos. El romano Pacuvio imitó luego la tragedia de Eurípides.

(3) Ateneo, VI, 63.

La naturaleza considerada como una y armoniosa por los que Aristóteles llamó físicos.

La inteligencia, reivindicando desde Anaxágoras el derecho de apartarse de la materia, y viniendo á ser en los dos grandes sistemas de Platón y de Aristóteles, la causa universal.

En fin, la moral, ensayando con las doctrinas de Epicuro y de Cenón el medio de arrebatar al pensamiento puro su primera función en la dirección de los espíritus.

No tenemos para qué exponer estas doctrinas, con las cuales se había embriagado la Grecia, y en las cuales se interesaban poco los romanos; los más discretos de ellos repetían de buen grado las palabras de Ennio: «Hay que tocar apenas con los labios á la filosofía y no hartarse de ella.» Pero nosotros debemos seguir sus consecuencias sociales porque ellos las aceptaron.

La filosofía había sido más especulativa con Sócrates y Platón, más experimental con Aristóteles. El Estagirita daba á la ciencia del ser la importancia que ha conservado, aun su nombre de metafísica, y en ella encontraba la unidad divina; pero poniendo en la naturaleza un poder espontáneo y alejando de Dios todo elemento natural, parecía que le negaba el gobierno del mundo; en fin, destruía uno de los resortes más activos de la responsabilidad moral no concediendo al alma la inmortalidad, sino á condición de perder la memoria. Preocupado de las necesidades que impone la condición humana, hacía entrar en las ideas de virtud y de felicidad elementos que Platón casi no había tenido en cuenta, y parecía poner menos alto el ideal moral. En realidad lo ponía más al alcance de los hombres, y su teoría de lo útil no habría sido peligrosa, si de ella no hubiera deducido la legitimidad de la esclavitud (4).

No era á él pues á quien podía preguntarse lo que se debía creer; él sólo enseñaba lo que se debía aprender: era el hombre de la ciencia, como Platón su maestro será el hombre de la fe. Estos dos poderosos espíritus, que habían abierto la doble vía por donde marchamos aún, son los dos inmortales adversarios que se disputan la humanidad. Pero Roma no conocerá nada de estos grandes combates.

Infieles al verdadero espíritu de su maestro, los discípulos de Aristóteles acabaron de cerrar el cielo y aquel porvenir lleno de esperanzas que Platón había abierto. Teofrasto, después de él, jefe del Liceo, se inclinó en moral á doctrinas que Aristóteles hubiera condenado: hizo de la fortuna (*Sors*) la señora del mundo y colocó otra vez á Dios en el seno de la creación, donde Estratón, su sucesor, ni siquiera quiso reconocerlo. «Toda la vida divina, decía este filósofo, reside en la naturaleza, y no tengo yo necesidad de dioses para explicar la formación del mundo. No hay nada que no resulte del movimiento y de la pesantez, *naturalibus ponderibus et motibus*» (5). Esta será la doctrina de Epicuro, y es hoy la palabra de los sabios que se pasan sin el primer motor. En la escuela se llamó á Estratón el Físico; y otros dos hubieran merecido este nombre: Dicearco, que negó la existencia del alma, de que decía Aristóteles que era cierta tensión del cuerpo, *intentio quedam corporis*. Estamos en pleno materialismo, y Demetrio Faléreo mostraba á la vez con su habilidad política y su depravación de costumbres

(4) Polit., I, 2; Mor., VIII, 2. También combate á algunos filósofos que ya sostenían que la esclavitud era un estado contra naturaleza. Aristóteles creía que esta institución era útil al Estado, á los ciudadanos, á quienes libraba de ocupaciones serviles, y aun al mismo esclavo, que, según él, sólo caía en su estado por la inferioridad de su naturaleza moral.

(5) Cic., de Nat. deor., I, 13; Acad., II, 38.

que, si la escuela peripatética había hecho mucho por la ciencia, acababa por hacer muy poco por la moral.

No teniendo ya patria los griegos de entonces ni las cosas que la habían creado, la religión y la libertad, enseñaban en todas sus escuelas el alejamiento de la vida pública, á fin de que el sabio pudiera refugiarse en una tranquila indiferencia. Parecía que fatigados de haber recorrido en todos sentidos el mundo del pensamiento y de la historia, por espacio de cuatro siglos, querían, como la Italia de Miguel Angel, reposar y dormir (1).

Esta predicación fué, sobre todo, obra de Epicuro. Este héroe disfrazado de mujer, como lo llama Séneca, vale más que su reputación. Pero inscribiendo en la puerta de su es-

cuela: «Pasajero, quédate aquí: la Voluptad es el bien supremo,» colocaba á sus discípulos en una pendiente en que era muy fácil la caída; y la Voluptad, sentada como reina en un trono rodeado de todas las Virtudes, era una imagen peligrosa (2). Por más que se esforzara en poner los placeres del alma sobre los del cuerpo, en decir que lo estrictamente necesario bastaba para la felicidad, que con pan de cebada y agua puede ser uno tan feliz como el mismo Júpiter, no logró fundar más que la teoría del egoísmo con sus desastrosas consecuencias. Destruía la religión, porque el temor de los dioses era un cuidado, una inquietud, una molestia; y el patriotismo, la abnegación para con el Estado, y las afecciones de familia, porque turbaban la tranquilidad del sabio.



Sepulcro de Arquímedes (3)

Estas doctrinas, producto natural de una época en que tantos espíritus aspiraban al reposo, eran una contradicción absoluta de todo lo que habían honrado los romanos

(1) Al pie de la bella estatua de la Noche, que Miguel Angel había representado durmiendo, escribió Strozzi: «Vive; si lo dudas, despiértala y hablará.» A lo que el gran artista, que era también un gran patriota, contestó:

*Non veder, non sentir m'è gran ventura!
Pero non mi destar; deh! parla basso.*

(2) Cic., de Finibus, II, 21. Es preciso entendernos sobre la palabra placer. La religión y la moral tienen por objeto la felicidad. Bosuet ha dicho: «Toda la doctrina de las costumbres tiende únicamente á hacernos felices.» (*Méditat. sur l'Evang.* Las ocho bienaventuranzas X.º día). Pero importa examinar por qué medios quiere una religión ó una moral conducir á la felicidad. La doctrina de las costumbres epicúreas se resume en cuatro reglas:

- 1.º Tomar el placer que no debe arrostrar ningún dolor.
- 2.º Huir del dolor que no lleve á ningún placer.
- 3.º Huir del goce que pueda privar de otro mayor, ó producir más dolor que placer.
- 4.º Tomar el dolor que libre de otro mayor, ó conduzca á un gran placer.

El verdadero fundamento de la moral, el deber, está, pues, ausente, falta absolutamente en esta peligrosa doctrina.

(3) *Monum. della Sicilia* da Sav. Cavallari, 1872, tab. XXII, figura 2.

de los antiguos tiempos: dos siglos antes hubieran causado horror á los habitantes de las siete colinas; pero vamos á ver cuán pocos romanos quedaban en Roma y cómo aquellos hijos degenerados de los grandes consulares tomarán de Epicuro las excitaciones á la molice que podían sacarse de su enseñanza, dejando aparte las lecciones de su vida y su verdadera doctrina (4).

Su escuela añadió un elemento de disolución á los que ya fermentaban en el seno de aquella sociedad, porque cubrió con una apariencia de filosofía, ó con una indiferencia que no tenía nada de filosófica, el desarreglo de las costumbres. ¡Cuántos romanos, y hablamos de los mejores, cuántos romanos vivirán fuera de la ciudad, como aquel amigo de Cicerón que renegará del nombre de sus padres para llamarse el *Ateniense*; como aquel Hortensio tan cuidadoso de sus viveros, y aquel Asinio Polión, resignado de antemano á ser el botín del vencedor! Hay siempre sabios de esos que dejan á los demás las luchas de la vida, sin creerse lo que efectivamente son, epicúreas, y de estos se formaron muchos en Roma. Pero la escuela del placer será

(4) Cicerón (*de Fin.*, I, 48) decía de Epicuro: «Ese hombre que haces esclavo de tu voluptad, te grita que no hay felicidad sin prudencia, sin probidad, sin virtud.»

castigada con su enervante doctrina por su misma esterilidad: de ella no saldrá un hombre superior, habiendo salido tantos de la escuela del deber.

La pendiente que el espíritu griego descendía llevaba a los abismos: jamás fué tan completa la destrucción moral.

«Nada sabemos, decía Metrodoro, discípulo de Epicuro; ni siquiera sabemos que no sabemos nada». Esta doctrina negativa que hacía el vacío en el alma, penetraba hasta en la escuela platónica. Renovando la duda de Pirrón, establecía Arcesilao en el seno de la nueva Academia el escepticismo universal, que traerá Carneades a Roma, cuando Atenas lo envíe de embajador (155). «¿Quién no ha de alabar, dice Eliano, la sabiduría de los pueblos que llamamos bárbaros? Ellos, a lo menos, no ponen en tela de jui-



Platón (1)

cio si hay dioses, ó no, si se cuidan ó dejan de cuidarse del mundo. Ninguno de ellos imaginó jamás sistemas semejantes a los de Evemero y Epicuro» (2).

Las doctrinas del Pórtico, sobre todo, desde la dirección que les dieron Crisipo y Panecio, fueron una reacción obrada en nombre del instinto moral y del sentido común (3). Cenón no destruía la religión nacional, cuyas divinidades todas eran para él manifestaciones del Ser único, y en virtud de este principio, podía respetar las creencias populares, sobre todo la doctrina tan vivaz de los genios. De su sucesor Cleanto queda un magnífico himno a Júpiter:

«Salud a tí, el más glorioso de los inmortales, Ser adorado bajo mil nombres, Júpiter eternamente todopoderoso; a tí, señor de la naturaleza; a tí que gobiernas todas las cosas según la ley!

«Este mundo inmenso que rueda al rededor de la tierra, obedece sumiso a tus órdenes; porque tienes en tus manos invencibles el instrumento de tu voluntad, el rayo de acerada punta, el arma inflamada y siempre viva: la naturaleza entera se estremece al amago del rayo, con que arreglas la acción de la razón universal, que circula á través de todos los seres y se mezcla con las grandes, como con las pequeñas antorchas del mundo.

«Rey supremo del universo, nada se hace en la tierra sin tí, nada sin tí en el mar, nada en el cielo etéreo y divi-

(1) Museo de Nápoles.

(2) *Hist. Var.*, II, 31.

(3) *Cic., Acad.*, I, 2; IV, 6.

no sin tí; nada; menos los crímenes que cometen los malvados.

«Júpiter, dios oculto entre las nubes sombrías, aparta á los hombres de su funesta ignorancia; disipa las tinieblas de su alma ¡oh padre nuestro! y hazles comprender el pensamiento que te sirve para gobernar el mundo con justicia.

«Entonces te daremos en homenajes el precio de tus beneficios, celebrando sin cesar con dignos cánticos las obras de tus manos, la ley común de todos los seres.»

Un eco de esta bella poesía resonará en el alma del último de los grandes Antoninos; y si se trocara el nombre de Júpiter por el de Jehovah, se tendría una oración cristiana.

«En Roma, decía Hegel, el estoicismo estaba en su casa.» Hemos visto, en efecto, en más de un romano de los antiguos tiempos estoicas virtudes que se habían naturalmente desenvuelto en el seno de aquella raza enérgica y dura; en tiempo del imperio las veremos también. Pero en el último siglo de la república, el austero dogmatismo del Pórtico ganó solamente algunas almas superiores; se escuchaba mejor á los que decían: Duda de todo y no creas mas que en el placer.

Al lado de la filosofía, habíase abierto otras vías el espíritu humano. Bajo el poderoso impulso de Aristóteles, las ciencias de observación habían hecho grandes progresos: se sabía más, y sobre todo se sabía mejor. Pero espíritus ambiciosos corrían aventuras, por decirlo así. En la escuela de Epicuro se creía saber cómo se había formado el mundo, y muy pronto se burlará Cicerón de los que «cuando hablan del universo, toman apariencias de venir de la asamblea de los dioses.» Semejantes audacias hacían á veces encontrar verdades, y hubieron de encontrarse en aquel tiempo los gérmenes de teorías aceptadas por los maestros de ahora. Así, el principio de la conservación de la fuerza, fundamento de la física moderna, de que Epicuro discurre casi tan bien como Leibnitz; el de que todo se transforma y nada muere; hasta la teoría molecular, la negación de la generación espontánea y la afirmación de que todos los cuerpos caen en el vacío con rapidez igual.

Por desgracia, estos gérmenes no se desarrollaban, porque los sabios de aquella época eran ante todo filósofos, y si tenían intuiciones de genio, adivinaban y no demostraban. Faltábales el método experimental, sin el cual es imposible la ciencia de la naturaleza, y sus sistemas eran construcciones lógicas, que la lógica derribaba partiendo de causas diferentes. Al contrario, en las ciencias que proceden de axiomas inmutables, como las matemáticas puras ó aplicadas, geometría, mecánica y astronomía, la Grecia acababa de dar á luz á Euclides, Arquímedes é Hiparco, tres hombres á quienes coloca la historia de la filosofía natural al lado de los más gloriosos. Pero las ciencias no tienen influencia moral, sino para los espíritus capaces de comprender el armonioso orden del doble *cosmos* en cuyo seno vivimos, y de sentir que el hombre debe ser tanto mejor, cuanto más inteligente sea. Nunca había sido la Grecia tan sabia, ni nunca tampoco tan degradada; advertencia severa para las edades en que las ciencias físicas pretenden una dominación exclusiva (4).

Así, para ciertas ciencias, que Roma no querrá, grande esplendor y magnificencia; pero en el arte y la poesía nada de inspiración poderosa, en la elocuencia un vano sonsonete de palabras y de imágenes (los retóricos); en la religión, hábitos y no creencias; en la filosofía, el materialismo en-

(4) Montaigne (I, 24) ha dicho: «Encuentro que Roma era más valiente antes de ser sabia.»

grendado en la escuela de Aristóteles, la duda nacida de Platón, el ateísmo de Teodoro (1) y el sensualismo de Epicuro, vanamente combatidos por la protesta moral de Cenón; en fin, en la vida privada y pública la flaqueza ó la pérdida de las virtudes que forman al hombre y al ciudadano. Tales eran la Grecia y el Oriente.

Y ahora diremos con Catón, Polibio, Tito Livio, Plinio, Justino y Plutarco, que todo esto pasó á la ciudad eterna. La conquista de la Grecia por Roma fué seguida de la conquista de Roma por la Grecia. *Grecia capta ferum victorem cepit.*

II. — LAS COSTUMBRES DE LA GRECIA Y EL LUJO DEL ORIENTE EN ROMA

La austeridad de los antiguos romanos provenía de su pobreza más bien que de su conciencia: habían bastado dos ó tres generaciones para que la ciudad que no había conocido más que las sobrias comidas y las fiestas rústicas, viniera á ser una ciudad de banquetes y placer. Ahora se come y se bebe con exceso, cosa inusitada antes. Escuchemos á Polibio, testigo ocular:

«Entre los romanos, la mayor parte de ellos viven en un extraño desarreglo. Los jóvenes se dejan llevar á los excesos más vergonzosos; hay pasión por los espectáculos, por los festines, por el lujo, por los desórdenes de todo género, de que con toda evidencia se tomó ejemplo de los griegos, durante la guerra con Perseo (2).»

«Ved á ese quirite, decía Catón; baja de su carro, hace piruetas, endilga unas cuantas bufonadas, juegos de palabras, equívocos; después, canta ó declama versos griegos y vuelve á sus piruetas (3).»

Esta imitación de la Grecia degenerada vino á ser una de las reglas de buena educación entre los nobles. «Cuando entré en una de las escuelas donde los nobles educaban á sus hijos, decía Escipión Emiliano, ¡dioses mayores! encontré más de quinientos niños de ambos sexos, que recibían en medio de histriones y gentes infames lecciones de lira, de canto, de actitudes; y ví un niño de unos doce años, hijo de un candidato, ejecutando una danza digna del esclavo más impúdico (4).»

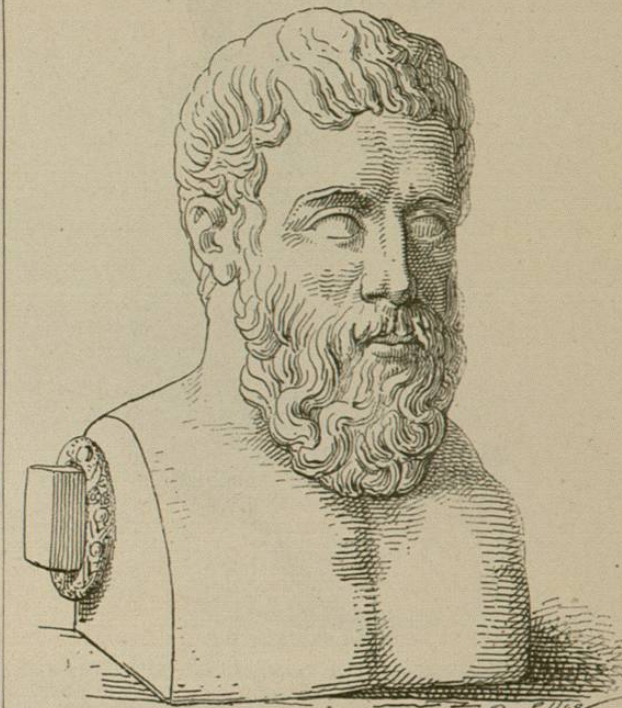
El vicio griego que Roma no había conocido, tomó allí derecho de ciudadanía. Sin embargo, la gravedad romana no sino muy lentamente hubo de ceder á *Venus monstruosa*, y la ley castigó de muerte una violencia de este género cometida en un ciudadano. Pero nada protegía al esclavo contra la brutalidad de su amo, y ahora veremos cuánto había aumentado la guerra el número de estos desgraciados. Por consiguiente, en Roma, como en todas partes, la esclavitud fué una de las causas más activas de corrupción moral. Unos permanecían en la casa del amo y con frecuencia explotaban sus vicios; otros trabajaban fuera, por cuenta de él, en industrias que no siempre eran honestas. Las libertas que habían ganado su libertad por medio de complacencias poblaban las casas de prostitución, y cuando esta vida las mataba, el patrono heredaba legalmente lo que dejaban.

(1) Uno de los corifeos de la escuela cirenaica, que se fundió después en la de Epicuro, como la escuela cínic fué absorbida al fin por la escuela de Cenón. *Cic., de Nat. deor.*, I, 1... *plerique deos esse dixerunt, dubitare se Protagoras, nullos esse omnino Diagoras, Melius et Theodoros Cyrenaeus putaverunt.*

(2) XXXII, 11.

(3) *Frag. de Catón*, á continuación de las *Letras de Fronton*, de M. Cassan.

(4) *Macrob., Saturn.*, II, 10.



Metrodoro (5)

derecho de dar tutor á la mujer que no lo tenía: era asegurarle una salvaguardia para sus intereses, pero también imponerle una disciplina para su conducta (6). Otra ley del año 204 dificultaba las prodigalidades, sometiéndolas á formalidades públicas (7), que nadie quería cumplir, cuando era una cortesana la que había de aprovecharse de estas donaciones, en perjuicio de la familia del donante. En fin, la ley Voconia (169) prohibió á todos los que estaban inscritos en el censo por 100,000 ases, instituir á una mujer por heredera. Esfuerzos impotentes: las cortesanas serán

(5) Museo del Louvre, núm. 139 del catálogo Clarac. Hermes de dos cabezas, que ofrece por un lado la de Epicuro y por otro la de Metrodoro. Los hermes y los bustos solían tener, como tiene éste, partes salientes para ofrecer asidero á los que habían de trasladarlos á ciertas fiestas, y también para colgar coronas. Un hermes semejante, encontrado en Roma en 1743, ha hecho conocer los originales de estos dos retratos. *Cf. Clarac, Descrip. des Antiq. du Musée du Louvre*, p. 64.

(6) *Ulp., Fragm.*, XI, 18. *Tutores constituuntur... feminis tam impuberibus quam puberibus et propter sexus infirmitatem et propter forensium rerum ignorantiam.* Era la tutela dativa, que había hecho necesaria en Roma la desorganización de las gentes.

(7) *Lex Cincia ó muneralis*, que trataba también de los honorarios de los abogados, los cuales no debían recibir nada de las partes. *Cf. Cic., de Orat.*, II, 71; *Tac., Ann.*, XI, 5.